
Anthony Stanton. ed. **Alfonso Reyes - Octavio Paz. Correspondencia (1939-1959)**. México: Fundación Octavio Paz – Fondo de Cultura Económica, 1999. 261 p.

El espacio epistolar es un ámbito donde la intimidad de la comunicación se manifiesta de manera más estrecha y cercana. Así, cuando los interlocutores, dueños de una vida privada que está constantemente sometida a la exteriorización, la carta se convierte en documento. Bajo ese criterio de recuperación de un diálogo sostenido por la mediación epistolar a lo largo de un largo período de plenitud intelectual, viene a nosotros la recopilación de la correspondencia cruzada durante veinte años entre Octavio Paz y Alfonso Reyes.

Este trabajo se debe a la acuciosidad y esmero que el investigador Anthony Stanton ha puesto en la recopilación y anotación de estos documentos,

para así acercarnos a dos interlocutores de excepción, que hacen de la escritura de cartas una verdadera forma del arte de la expresión. Siempre es necesario destacar que el arte de la epístola es un oficio exigente. Y en estas cartas no hay excepción por cuanto al intercambio puntual de preguntas y respuestas, al diálogo cordial y respetuoso, se suma la conciencia de estilo, el sentido de actualidad y proximidad, que enriquecen el carácter espontáneo de la comunicación. Allí también radica el interés que un epistolario como éste podría despertar entre los lectores y que está amparado en la trayectoria y prestigio de estos dos estilistas del lenguaje.

Octavio Paz (1914-1998) y Alfonso Reyes (1889-1959) mantuvieron una correspondencia que se extendió durante veinte años. En ella se plantea un problema que va más allá de un argumento generacional. Reyes

se encontraba ya radicado definitivamente en México luego de su extenso peregrinar por el mundo; Paz, por su parte, se movía en escenarios distintos, algunas veces atendiendo las responsabilidades diplomáticas que en su momento le correspondió asumir.

Como en todos los libros de esta especie, cabe siempre la duda y por supuesto la consulta, sobre la pertinencia de editar documentos que fueron escritos pensando solamente en la intimidad del diálogo, o en la confidencia. En todo caso, se permite la mirada, acaso la impertinencia de un tercero, el lector, que se aproxima a este intercambio, para reactivar los sentidos, develar claves, comprender los códigos personales que construye la amistad y la confianza, y por qué no, explicarse algunas de sus propias dudas e interrogantes. En todo caso siempre queda en el aire la pregunta sobre esa impertinencia, sobre esa mirada que se impone desde fuera. El caso es que aquellos papeles, que en un momentos hablaban de actualidad, de planes futuros, ya obedece a un tiempo pasado, son principalmente testimonio que

en algo mitiga esa ausencia insalvable de los corresponsales. Entonces, nos situamos frente a documentos, que se abren con esa pátina del pasado y que, paradójicamente, fuera de todo morbo que mueve al curioso, nos sitúa frente a un universo parcialmente velado por su inherente carácter de privacidad. En todo caso cada lector, a su juicio y gusto, determinará los valores de estos documentos, a partir de una importancia reconocida de antemano, del conjunto de valores culturales que cada carta revela en sí. Más allá de estas excusas, acaso prescindibles, queda otra justificación mucho más inherente a la estatura intelectual de los cultores. Y volvemos a la justificación de Anthony Stanton: "Como en este caso se trata de un epistolario netamente literario e intelectual que habla de proyectos, libros e ideas, me parece que su valor reside en la luz que arroja sobre la génesis, el desarrollo y la maduración de las obras literarias de los dos escritores" (p. 42).

Este libro, que apareció en 1998 y se reimprimió en 1999, se estructura en tres partes. La primera, consta de una presen-

tación que deviene estudio introductorio del editor, en el que se establecen relaciones sobre las personalidades y el desarrollo de los nexos amistosos; esta primera parte incluye un conjunto de detalles informativos sobre la edición y una sección de agradecimientos. La segunda, es propiamente el cuerpo de la correspondencia, que a su vez se ordena siguiendo los lugares desde los cuales las cartas fueron escritas y despachadas: La primera, "Desde México y París" (1939-1949), la segunda "Desde París" (1949-1951), la tercera "Desde Nueva Delhi, Tokio y Ginebra" (1952-1953), y la cuarta "Desde México y París" (1953-1959). Finalmente, se incorpora un apéndice y una lista de nombres y obras citados. Un importante espacio se destina a la ubicación facsimilar de cartas mecanografiadas y manuscritas, notas y tarjetas postales, con lo cual se respalda el valor documental de este libro.

Desde el punto de vista personal, Stanton establece un conjunto de elementos biográficos que acercan a los dos grandes hombres de letras. Para 1939, cuando comienza el epistolario, ya Reyes ha conclui-

do sus periplos diplomáticos y se establece en México; para entonces ya se ha editado mucho de lo fundamental de su obra. También para ese año ya está cimentada una primera etapa de producción intelectual, prolífica también, de Octavio Paz. Luego vendría la contribución de Reyes en la creación de instituciones fundamentales para la vida cultural mexicana, como El Colegio Nacional, la Casa de España en México, convertida luego en El Colegio de México, la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, etc. Así para Paz también coincide el desempeño de actividades diplomáticas, llegando a ocupar -así como antes Reyes- el cargo de Embajador.

Ambos escritores, sin duda alguna, son poseedores de un lugar privilegiado en el concierto de la literatura mexicana del siglo XX. Alfonso Reyes, convertido desde su juventud en un clásico, fue ejemplo del ideal del Humanista; sin lugar a dudas, es uno de los intelectuales mexicanos más comprometido con la palabra, con el arte de la expresión. Y Octavio Paz, a quien la posteridad le brinda también un lugar privilegiado, como poeta y ensayista de prime-

ra línea, entre los escritores de nuestra lengua. Señala Anthony Stanton: "Poetas, ensayistas, pensadores e intelectuales que rechazan la excesiva especialización de las disciplinas del conocimiento, Reyes y Paz son dos prototipos ideales de lo que el primero llamó la "inteligencia americana". Conscientes de su profundo arraigo en la historia y la realidad de la cultura mexicana, ambos aspiran siempre a insertar a México dentro de un diálogo universal en lugar de aislarlo en los reductos pintorescos de los fosilizados estereotipos nacionales" (p. 10).

Desde 1939 hasta 1959 se establece entre ambos creadores un contacto estrecho, tal vez podríamos decir, con reservas, tutelado por el magisterio y prestigio que ejercía Alfonso Reyes sobre toda una generación que en algo se distanciaba en edad. Para el caso de Paz esa presencia distintiva se desprende de las primeras cartas incorporadas a esta colección epistolar, conformada por ochenta y cuatro documentos. Vemos en las primeras cartas un testimonio del apoyo, no sólo intelectual sino también económico con que Reyes generosamente propiciaba la

publicación de la revista *Taller* (1938-1941), que fue dirigida por Paz desde su quinta entrega.

"Este acto de generosidad -señala Stanton- es el signo inicial que marcará el papel y la actitud de Reyes ante el joven poeta: el hombre mayor será su mecenas y su guía" (p. 18). Luego, esas primeras cartas van revelando lo que significó para Paz el proceso de escritura, de revisión y luego de edición de su *Libertad bajo palabra* (1949), que por diversas circunstancias Reyes apadrinó. Luego serían *¿Águila o sol?*, y *El laberinto de la soledad* (1950), obras que aparecen referidas en su propia génesis de escritura. En ese tránsito se desprenden de las cartas las dudas, las angustias generadas por un trabajo burocrático -entonces estaba en Nueva Delhi- que apenas le deja "cuartos de hora" para la escritura, y hasta las dificultades para la publicación. Así también, Reyes mantiene a su joven interlocutor al tanto de su "traslado" como llama su traducción de la *Iliada*. Terminar las primeras nueve rapsodias de esta obra, le toman a Reyes más de dos años. Este monumental poema homérico le serviría a Paz

como “contrapeso” cultural frente a la fuerte influencia que la tradición cultural de la India ejercía en su cotidianidad. A través de estos documentos, entre cartas, tarjetas postales y recados, vemos cómo se inicia y crece una amistad que se cimentó con gran solidez.

Las cartas de Octavio Paz, son mucho más largas, como señala su editor, atribuyéndole a esta característica la vehemencia de un joven que despegaba con fuerza su vocación intelectual. Por ello son más detalladas y programáticas, y van dando cuenta de su movilidad por espacios diversos: París, Nueva Delhi, Tokio, Ginebra. Por otra parte, algunas de las cartas de Reyes, sobre todo las escritas ya en la última etapa de su vida, van demostrando los quebrantos de salud que padecía. Las cartas de Paz muestran el empeño, su entusiasmo juvenil, y por supuesto las preocupaciones sobre el devenir mexicano, sobre su cotidianidad política y cultural. Las polémicas, los hombres y mujeres que estaban construyendo toda una propuesta, no sólo en el ámbito literario, sino cultural en general y político en particular.

Las cartas de Reyes, como era su estilo en este tipo de comuni-

cación, eran mucho más sobrias, no esconden el entusiasmo -diríamos mejor- el reconocimiento para el joven creador. Así, también se percibe que las orientaciones filosóficas e ideológicas no eran convergentes, tampoco fue afín a Reyes esa vehemencia o actitud de confrontación que Paz ejerció en algunos momentos de su vida. Sin embargo, otros elementos había en juego para que esa amistad los acercara, esto es, el respeto mutuo y la admiración, que pone a salvo una perspectiva contrastante que en algún momento nos permite apreciar a Paz en una actitud crítica, no frente a Reyes sino ante el contexto cultural y político que le rodea. En algunos momentos de ese intercambio epistolar también vemos cómo Paz, asumiendo una conciencia de su propio ejercicio de criterio en tanto crítica, se sitúa como consejero frente a Reyes.

Los historiadores de la cultura, así como filólogos y críticos literarios, reconocen en Reyes su disciplina para el estudio, la investigación, la escritura y la publicación. Todo esto combinado con los diversos cargos públicos y diplomáticos que ejerció. En esas

circunstancias de movilidad y errancia, la convergencia de puntos de vista, así como la coincidencia en la pasión compartida por la palabra, fue como el ingrediente que posibilitó ese intercambio fluido. Pero para el momento en que se inicia el epistolario, ya Reyes está posicionado en labores de fundación y en la continuación fervorosa de sus propios proyectos de escritura, tal como lo resume Stanton cuando señala que Reyes, “resuelto a escapar del círculo atávico de la violencia, decide entregarse a la construcción de un país, a la fundación de instituciones y mundos imaginarios” (p. 15).

El interés de ambos iba regido, en primer lugar por la literatura mexicana y sus cultores, pero también la preocupación por hechos de la historia, la visión procesual y comprensiva de los problemas culturales del continente, pero también de otros ámbitos geográficos. En el caso de Reyes, esa preocupación estaba siempre moviéndose al calor de los contrastes con otras culturas, otras literaturas y por supuesto otras lenguas. Esa pasión también estuvo presente a lo largo de toda su vida en Paz. Tanto

en Reyes como en Paz privó la vocación poética y ensayística, la primera como la búsqueda de una expresión propia, que se concretó en ambos creadores en un estilo muy personal. La segunda es, igualmente para los dos, el medio propicio para comunicar sus reflexiones sobre el lenguaje y el conocimiento de los mecanismos que rigen el arte de la poesía.

En estas cartas se transparentan tantos aspectos que hablan de sus respectivas cualidades humanas, mucho más allá de que puede mostrar, en su distinta y peculiar codificación, la literatura de creación que cada uno propone. El género epistolar está sometido a otro ritmo, se llena de elementos dinámicos que brindan un mayor espacio a la comunicación; así se llega más allá de la confesión, que tanto muestra de cada uno de los escritores, para permitir el conocimiento de la sensibilidad y las preocupaciones de cada creador, inmersos en las contradicciones del mundo en que viven, desde las más cotidianas hasta las de mayor trascendencia, y de las que no se abstraen. En ese sentido, las cartas como documento son también un testimonio de la cotidianidad decantada y reflejada.

La relación epistolar, que devino espacio para mitigar las ausencias, comenzó por la admiración de Paz por aquel maestro, de resonancias no sólo continentales sino ya universales, y para ello la diferencia de edades no fue limitante. Hay un aprecio intelectual, una admiración constante y un explícito reconocimiento. Sin embargo, lamentablemente, no hay una opinión crítica por parte de Reyes hacia Paz, ni en las cartas ni en ningún artículo de los tantos de divulgación y análisis que Reyes escribió y con los que mantenía presencia activa en publicaciones periódicas de distintos países.

Por parte de Reyes hubo al parecer una discreta reserva de lo que otros escritores jóvenes iban haciendo, una especie de prudencia que a la larga se transformó en un gran silencio. Este hecho lo subraya el editor Anthony Stanton, cuando señala: “Es una lástima que Reyes no nos haya dejado un ensayo crítico sobre la obra de Paz. Hay que lamentar, de nuevo, esa excesiva reserva suya, esa ausencia de temeridad que no le permitía poner por escrito sus opiniones sobre escritores más jóvenes” (p. 43).

Este conjunto de cartas revela en primer lugar, una perspectiva principalmente intelectual y literaria privilegiada que nos sitúa en el contexto de una amistad que se retroalimentaba en función de la pasión común: la reflexión y la palabra. En la pulcritud de esta comunicación está implicada también, más allá de lo íntimo de ese diálogo, una conciencia de la escritura, y digamos también, de la trascendencia, que nos presupone como lectores -afortunados- de esta forma otra de la prosa de dos de los más importantes autores de la literatura mexicana y latinoamericana del siglo XX.

Gregory Zambrano

Universidad de Los Andes
Instituto de Investigaciones
Literarias - Escuela de Letras